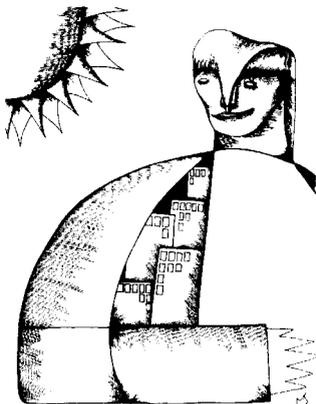


LA NATURALEZA Y EL PODER DE LAS MISIONES*

Anders Kompass



Anders Kompass reflexiona sobre el poder transformador de las misiones de derechos humanos de la Organización de las Naciones Unidas y subraya que uno de los grandes desafíos comunes pendientes de abordar en nuestro tiempo es el de devolver a la persona al centro de los valores éticos nacionales e internacionales.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones sobre lo que es el desafío que tenemos todos en común: la promoción de la profesión de los derechos humanos. Dado que diciembre es el mes en el que estamos conmemorando la Declaración Universal de los Derechos Humanos, pudiera ser bueno ubicarlas en este contexto y levantar un poco la mirada a lo que es uno de los retos. Un poco también se ha mencionado donde estuvimos antes, lo difícil, emocionante, interesante con la labor que realizamos es que siempre tiene que ver tam-

*Versión estenográfica de la intervención de su autor, quien amablemente accedió a consentir su reproducción, en el *Diálogo Nacional sobre Derechos Humanos (para la elaboración de una Agenda de Acciones Inmediatas del Gobierno Federal en el marco del Acuerdo Político para el Desarrollo Nacional)*, organizado por la Secretaría de Gobernación el 13 de diciembre de 2002.

bién con la cultura, la educación y, lo que muchos también saben, tiene que ver con cómo poder cambiar las mentalidades, cómo pensamos y cómo actuamos en la vida cotidiana, pero también con lo político, porque el tema de los derechos humanos está íntimamente ligado a la lucha por la democracia. Les voy entonces a hablar sobre la importancia de las misiones de la Organización de las Naciones Unidas. He titulado a esta pequeña reflexión “La naturaleza y el poder de las misiones” porque también tiene que ver mucho con la historia de lo que ha sido la lucha por parte de miles y miles de mujeres y hombres en el campo de los derechos humanos durante muchos años.

Las misiones, por su misma naturaleza, retan a nuestra imaginación, nos llevar a reevaluar nuestras premisas y dan lugar a profundas y preocupantes preguntas acerca de nuestros valores. A veces son imprecisas, y lo que un misionario puede percibir en su propia mente puede no estar nada claro para otros, posee objeto e interpretaciones diferentes. Adicionalmente, las misiones enfocadas en los derechos humanos poseen sus propias dificultades específicas, por ejemplo, precisamente en el momento en que ellas buscan acercarse a lo mejor de la gente, que realmente se ven forzadas a afrontar lo peor, es irónico que las misiones referentes a los derechos humanos siempre han logrado el más grande apoyo durante los periodos de mayores abusos humanos. En estas circunstancias, cómo hace uno para determinar la verdadera naturaleza de los seres humanos y lo que es posible hacer. En épocas de desafío, esas misiones también dan lugar a interrogantes difíciles y molestas que no se prestan para respuestas rápidas ni definitivas, ni siquiera respuestas satisfactorias. Poseemos ciertos derechos básicos, simplemente porque somos todos seres humanos y, de ser así, precisamente saber cuáles son esos derechos y son universalmente aplicables, ¿Son algunos derechos más importantes que otros? o bien, son en realidad indivisibles e interdependientes. El respeto por los derechos implica responsabilidades correspondientes frente a otros hermanos y hermanas. Ese tipo de interrogantes, difíciles de responder, provocadoras del pensamiento y de la conciencia, le dan a las misiones de derechos humanos un poder que promueve, facilita y hasta obliga a las personas a evaluar los valores existentes, les dan el poder de examinar sus premisas y a veces cambiar su forma de pensar. Por esa razón, ustedes han sido testigos de la evolución de los derechos humanos internacionales en un periodo corto, y constantemente comentan el notable poder de las misiones para transformar a la sociedad, para estimular la conciencia de la humanidad y cambiar patrones de pensamiento, aún aquellos fuertemente arraigados y con

el respaldo de siglos de tradición. Además, estas misiones poseen un notable poder de inspiración y sirven como portadoras de la esperanza. De hecho, esas son las razones por las cuales ciertas misiones han tocado a las personas en lo más profundo de su ser, enalteciendo el espíritu humano y permitiéndole soñar en lo que podría ser, aún en tiempos de gran pleito. Esas misiones dieron esperanza a quienes soñaban con liberar a los esclavizados, ayudar a los explotados, atender a los heridos y proteger a los perseguidos, y también infundieron fuerza a millones de seres humanos que buscaban una época en que las mujeres disfrutaran de los mismos derechos que el hombre y que la discriminación racial y el "apartheid" terminaran, en que los imperios coloniales se desmoronaran. Adicionalmente, estas misiones inspiraron a quienes esperaban que la acción internacional algún día fuera capaz de ser una organización que apoyara a las personas y no solo a los estados y que pudiera reestablecer estándares de derechos humanos que fueran mundialmente aceptados y aplicados alrededor del mundo.

Sin embargo, como todos sabemos, esas mismas misiones que inspiran, también generan ira, producen temor y provocan resistencia. El imaginar un mundo en que todo individuo sea tratado con respeto y dignidad, reciba igual protección, disfrute de la libertad y sea objeto de justicia social, es amenazar casi cualquier previsión o práctica basada en el privilegio o la jerarquía, el nacimiento, la riqueza, la exclusividad o el perjuicio. Las misiones de derechos humanos, por su misma naturaleza, desafían la legitimidad y amenazan la resistencia de toda forma de despotismo, tiranía, dictadura, oligarquía o control autoritario de tipo político, económico, social o cultural. Más aún, si buscan aplicar esos principios al mundo como un todo, desafía las celosamente defendidas pretensiones sobre armonía nacional o singularidad cultural. De esta manera, son capaces de presentar un potente foco y una resonante convocatoria para aquellos que desean el cambio. Es por eso que la resistencia a las misiones de derechos humanos es tan fuerte, y por lo que algunos gobiernos aún se han resistido a difundir y, más aún, a implementar la Declaración Universal de Derechos Humanos en territorios bajo su control. Aunque las misiones posean este grado inusitado de poder e influencia, no tienen la capacidad de hacerlo por sus propios medios o dar frutos por sí solas. Para ello se necesitan héroes y heroínas, tiene que haber hombres y mujeres, pensadores, que sean capaces no sólo de imaginarse ellos mismos en sus posibilidades más allá de la experiencia existente sino también de comunicar esas lecciones a otros. Sin embargo, las acciones, como

todos sabemos, hablan más que las palabras. La experiencia de la historia deja en claro que una de las formas más efectivas de transmitir visiones de derechos humanos a otros, ha sido transmitir su ejemplo personal, el comportamiento real de mujeres y hombres dedicados y de coraje que creían que podían cambiar las cosas y dispuestos a hacer grandes sacrificios, a veces inclusive de su vida, a favor de principios de derechos humanos que dejan una credibilidad y una inspiración que no pueden ser igualadas por ningún otro medio.

Uno de los gastos más interesantes, quizás prácticamente irónicos, es el hecho de que los grandes esfuerzos para promover los derechos humanos, han estado ligados a grandes catástrofes humanas, fue la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y la inimaginable destrucción de vidas humanas en el genocidio de la “solución final”, lo que dio origen al holocausto fue lo que finalmente inclinó la balanza. Después de aquello, los individuos, la solidez de los gobiernos de la comunidad internacional, se negaron a permanecer silenciosos frente a las violaciones en gran escala de los derechos humanos creando la Organización de las Naciones Unidas y adoptando la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Actualmente, vivimos en un ambiente donde normas y estándares universales han sido establecidos con la participación de gobiernos alrededor del mundo que representan diferentes esquemas y culturas y un sentido de responsabilidad hacia otros que están fuera de las fronteras propias y han crecido enormemente. Existe una extendida creencia en que las violaciones serias de derechos humanos en un país, de alguna manera, sí amenazan la paz y seguridad de otros países. Nunca antes en la historia han sido los derechos humanos un elemento tan importante del paisaje político, legal y moral, y han jugado un papel tan trascendental en los asuntos mundiales. Por cierto, Nelson Mandela, el señor transformado de prisionero a Presidente, quien por lo tanto es dramáticamente capaz de ver a las misiones convertirse en realidad, declaró recientemente que “los derechos humanos se han convertido en un punto focal de las relaciones internacionales”.

Actualmente, al mismo tiempo que se reconoce lo lejos que ha llegado el mundo, es también importante reconocer cuánto camino queda aún por recorrer, cuántos nuevos desafíos u obstáculos surgen durante el camino porque actualmente estamos pasando por uno de esos momentos otra vez difíciles, como es la lucha contra el terrorismo.

Los problemas persisten con tenacidad y no todos los asuntos de derechos humanos se resuelven ni se da solución a todas las dificulta-

des. Por lo tanto, aún queda lo que podemos llamar la agenda ética sin completar de nuestro tiempo o la revolución sin terminar, la revolución de colocar a la persona humana en el pleno centro de los valores nacionales e internacionales. De las tareas que quedan por delante, de la vigilancia y coraje que siempre serán necesarios para proteger los derechos de todo hombre y mujer, niño y niña, dondequiera que se encuentren, la perspectiva de la historia podrá ofrecer una inagotable esperanza no solamente para el futuro sino también para el poder de las misiones por venir.